

## FUEGOS FATUOS: POEMARIOS RECIENTES DE NELSON SIMÓN Y JAIME BAYLY

*Daniel Balderston*  
*University of Iowa*

*A la sombra de los muchachos en flor* (Premio UNEAC 2000, Ediciones Unión 2001) de Nelson Simón y *Aquí no hay poesía* (Alfaguara, 2002) de Jaime Bayly son buenos ejemplos de un fenómeno bastante reciente en América Latina, poemarios que circulan en gran parte gracias a una temática gay, y que se publicitan por eso mismo<sup>1</sup>. Lo que interesa de este fenómeno es que no es específico de los mercados capitalistas (no es sorprendente que Bayly, conocido locutor de televisión y autor de varias novelas *bestsellers*, se venda de esta manera), sino que se extiende hasta la Cuba socialista, supuesto refugio de las estrategias de *marketing* que conocemos. El mismo año que Simón ganó el premio de poesía de la UNEAC con *A la sombra de los muchachos en flor*, Jorge Angel Pérez ganó el premio de novela de la misma institución con *El paseante Cándido*, también de tema homoerótico (por lo menos en parte), prueba de que las editoriales cubanas, que no están sujetas a las exigencias de ventas, también se ajustan a estrategias discursivas semejantes.

El poemario de Simón tiene un título que remite a Proust, específicamente a la tribu lesbiana a la que pertenece Albertine en *Á l'ombre des jeunes filles en fleurs*. En la novela de Proust, el encuentro del narrador con esa tribu inaugura la serie de secuencias de temática homosexual, que en los últimos tomos será tan importante. Hay poemas que tienen fuertes resabios de Kavafis, epígrafos de Ballagas y de Villena: es decir, ostentosas manifestaciones de la importancia para el poeta de la tradición homosexual en la literatura moderna<sup>2</sup>. A la vez, hay sonetos (con fuerte presencia de Ballagas) que son tal vez los momentos más atroces del libro, como veremos en un momento.

Pero antes vale la pena comentar la primera sección del libro, una sección de dieciséis poemas de verso libre que llevan números como títulos. Al final del primero, el hablante lírico, un hombre a punto de dejar la isla, dice:

...que nuestros ojos guarden,  
 como en viejos retratos, ese instante  
 donde mi cuerpo es breve hilo de agua  
 que transcurre y se agota bajo el puente de tus piernas.

Hoy,  
 quiero abrazarme a ti, sumergirme como el grumete  
 aferrado al mástil de su barco y que mis labios  
 –amarga almeja– descansen y apaguen su temblor  
 sobre la movediza arena de los tuyos (9).

Estos versos penosos de tan obvios provocan la risa, reacción sin duda no deseada por su autor. Si son ridículos –e inauguran un fértil surco de una poesía ridícula y kitsch en el libro, para usar una metáfora que si no la ha empleado hasta ahora me imagino que será de su gusto– lo son por su excesivo énfasis. Si los cuerpos de los amantes se convierten en pocos versos en puentes, en mástiles, en almejas, en arena movediza, este repertorio marino marea más de lo que seduce.

El libro contiene poemas sobre experiencias eróticas en múltiples lugares –descampados cubanos y españoles (“Muy cerca un sexo se levanta victorioso, reclama mi atención” [76]), bares “leather” europeos (“Me provocaba náuseas aquella orgía,/ aquel sonar de mandíbulas que, en círculos concéntricos,/ se ensanchaba a mi alrededor” [62]), un amante francés (“Viril/ su mano se aferraba a la mía, con la fuerza/ con que la enervada mano del guerrero/ sostiene la empuñadura de su lanza” [69]), un amante cubano (“Tus nalgas/ son dos lunas que emergen de mi espalda” [47]). Va en busca del tiempo perdido: “Dejo que me acaricie y me posea,/ que como tibio y doloroso semen fluyan por mí/ esas imágenes que me devuelvan todo lo perdido” (55). Su mirada acaricia a los que ve en la calle: “Su juventud de tigre me agredía,/ sus pechos como cúpulas doraban/ la sombra, en que mis ojos convidaban/ a suicidarme en su melancolía” (78). Y recuerda los momentos de pasión: “Cierro los ojos/ y no hay en mi interior más paisaje/ que aquel joven: la rosa de su carne, rotunda,/ estremecida, fértil en sus espasmos” (81).

Uno de los sonetos del libro (que no lleva título) reza así:

Pon tu sexo en mi boca, crucifijo  
 que con sed penitente besaría;  
 y pon también esa melancolía  
 de la oscura tetilla que cobijo,

que ensaliva en silencio y luego lijo,  
 que mi lengua gustosa gustaría.  
 (Asetea mi carne con tu porfia  
 y al centro de mi cuerpo queda fijo).

Vierte en mi vientre el néctar blanquecino  
 que a borbotones brota de tu fuente  
 hasta llenar la copa de mi ombligo:

¡Que tu fiebre y olor queden conmigo,  
 sean la mancha dulce y más caliente,  
 la brújula que apunta a mi destino! (66).

En este poema —y hay varios así— los límites formales del soneto y del endecasílabo, y ciertas metáforas “poéticas” (crucifijo, néctar, copa, brújula) contrastan brutalmente con el tema del sexo oral y de la penetración. La voluntad poetizante está mal resuelta, o será que mi “lengua gustosa” no ha logrado “ensalivar” bien este soneto.

Decir —como dice la carátula del libro— que este poemario “explora zonas de erotismo casi inéditos en la más reciente poesía cubana” es inexacto, ya que hay muchos otros poetas jóvenes que exploran la temática homosexual en Cuba (Norge Espinosa, José Félix León, Juan Carlos Valls, Damaris Calderón, Félix Lizárraga y Alessandra Molina son algunos nombres destacados). La nota de la contratapa sigue: “El autor realiza un misterioso estudio del deseo y el placer sin restarle lugar a las preocupaciones latentes en sus anteriores libros: la insularidad, el destino de la nación, la defensa de la individualidad humana en un entorno social no siempre favorable”. Al relacionar el poemario con temas serios como la insularidad (tema, como sabemos, de un famoso poema de Virgilio Piñera) y el destino de la nación, implícitamente relaciona el tema de “la individualidad humana en un entorno social no siempre favorable” a uno de los “errores” más famosos de la Revolución cubana, la represión de la homosexualidad a fines de los sesenta y comienzos de los setenta (los campos de la UMAP, el Congreso de Educación y Cultura, etc.), y así de querer corregir ese error<sup>3</sup>. En ese contexto la coincidencia del Premio UNEAC de Poesía a Simón y el de Novela a Jorge Angel Pérez es significativa.

El poemario de Bayly es menos ambicioso en términos poéticos. La intención de escribir una poesía *lite* —que no requiera el esfuerzo que pueda temer el lector que no acostumbre leer poesía— queda evidente también en la nota de la contratapa:

Este no es un libro convencional de poesía... Jaime Bayly no es un poeta ni trata de serlo. No pretende mostrarse como un virtuoso o un iluminado; prescinde de las metáforas y las florituras; renuncia a la frase grandilocuente. Con un lenguaje sencillísimo, construye un universo personal tan rico como impredecible, y lo hace con palabras recogidas de sus propios escombros, de sus miedos y agonías, de sus fracasos y mentiras, de las grotescas imperfecciones que encuentra en sí mismo, en su vida atormentada.

Son poemas que cuentan elementos de la autobiografía del autor (ya familiares al lector de sus novelas, pero aquí tal vez más explí-

ritos): su matrimonio con Sandra, su amor por sus hijas Camila (Cami) y Paoli, su separación de la mujer después de múltiples aventuras con hombres, sus conflictos con sus padres, sus problemas con la droga, su carrera televisiva, su fama de escritor transgresor<sup>4</sup>.

Motivos fundamentales de este libro de Bayly son el desasosiego, “queriendo ser quien no soy” (73), y la extraña (y a mi parecer injustificada) convicción de que lo va a salvar la literatura: que las dudas que lo asedian se resolverán en la inmortalidad literaria. De otro dice: “decía ser bisexual/ cosa que por cierto no le creí” (102), y de sí mismo (en un poema en tercera persona) que preferiría “ignorar su identidad sexual” (106), que quisiera “ser algún día un hombre normal” (150), que es “el joven paseandero y dormilón/ que sale en la tele y escribe libros raros” (184). Su poema “confesión” dice en parte:

he deseado a mi mejor amigo  
 he sido un cobarde  
 he dormido en el calabozo  
 he vomitado en la casa de un ministro  
 he mirado celebridades desnudas  
 he coqueteado con el peluquero  
 he sido mal hijo y mal esposo  
 he tenido malos pensamientos  
 me he masturbado como un demente (124)

para terminar (con un pastiche de Borges): “confieso que he pecado/ y he sido feliz” (124).

Un poema típico, “Bajo la cama”, comienza así:

ernesto tiene diecinueve años  
 hace poco le dijo a su padre  
 quiero que sepas que me gustan los hombres  
 su padre guardó silencio  
 luego dijo bueno estupendo  
 te envidio  
 porque a mí las mujeres  
 me han hecho la vida imposible  
 y siempre pensé  
 que ser gay  
 debe de ser cojonudo (179).

Luego explica que él —Jaime Bayly, el autor— tiene la culpa de esa revelación o descubrimiento:

yo tengo la culpa de todo  
 pues su madre encontró escondidos  
 bajo la cama de ernesto en bogotá  
 dos libros míos  
 muy gays y a mucha honra

que casi le causan un desmayo  
y ahora él piensa  
que no debió esconderlos  
y yo le doy la razón (179-80).

El hablante lírico le da algo más: “lo conocí un domingo/ en la feria del libro/ al final se acercó/ y no dudé en darle mi e-mail” (180). Y agrega más adelante:

ernesto está en mi casa  
jeans/suéter negro/zapatillas gastadas  
miro sus labios/sus manos  
no sé bien qué decirle  
le doy un beso en la mejilla  
nos abrazamos  
al día siguiente viaja a boston  
alcanzo a decirle al oído  
no escondas mis libros ernesto  
no escondas nada  
no te escondas más (181).

Claro que ese “no te escondas más” suena bastante falso en Bayly, que habrá escrito libros “muy gays y a mucha honra” pero que no ha declarado nunca su homosexualidad, desde la solapa de la primera novela que aclaraba que vivía con su mujer y sus dos hijas a este poemario donde insiste mucho en su amor –fracasado pero vivo– por esa mujer, y que el centro de su vida son esas hijas. Al escurarse en el rol de paterfamilias Bayly hace todo lo contrario de lo que le pide a Ernesto en el poema, a la vez que juega de modo ligero con las consignas que hemos heredado de Harvey Milk con su insistencia en la declaración pública, en el “coming out”.

Evidentemente no quiero decir con esto que no pueda haber poesía gay en la actualidad, sino que estos dos escritores se han precipitado a poner en circulación poemarios nonatos, y que las editoriales han intentado vender esta poesía por su lado escandaloso. Como recuerda Borges que escribió Groussac, estas obras sólo “causan impresión” en las casas editoras. Y sin embargo, Bayly dirá en “un favor”:

ódiame  
críticame  
insúltame  
pégame  
desprécíame  
jódeme  
fastídiame  
irritame  
humíllame  
escúpeme  
flagélame

traicióname  
 olvídamme  
 pero por favor  
 no dejes de leerme (201)

y terminará el libro diciendo (en un poema llamado “curriculum vitae”): “seguí escribiendo/ y alguna vez me sentí el escritor/ que soñé ser/ aquel invierno en madrid” (210). A su vez, Simón cierra su libro con un poema titulado “Líneas de ceniza” que también tiene ambiciones de curriculum vitae: “Siento que mi vida es una caja de cerillas/ que se agota. Las palabras no logran convencerme” (88), y que termina así:

De cada cerilla que encendí y gasté con levedad,  
 solo quedan pequeños cabos negros  
 amontonados a mis pies, líneas de cenizas  
 que nada dirán de la pasión  
 con que fueron consumidas:

El fuego que me ha devorado  
 es el mismo que hoy sigue fascinándome (90-91).

Sus versos –esas “líneas de ceniza”– quieren ser marcas de ese fuego, pero corren el peligro de parecer ridículos. Se dice de Emilio Ballagas que enterró en el mar la edición completa de un poema donde su verso “tengo un fuego atroz que me devora” se convirtió en “tengo un fuego atrás que me devora”. Estos dos poemarios merecen ese destino, única manera de apagar sus fuegos fatuos.

## NOTAS

1. Ver Balderston y Quiroga (2002) para un examen de la circulación de la literatura gay en Estados Unidos en las publicaciones de Gay Sunshine Press en los 70 y 80.
2. Sobre la idea de “tradición homosexual literaria”, ver Martin (1979), Yingling (1990), Balderston (1999).
3. Para un buen análisis de la relación entre la película *Fresa y chocolate* y la historia de la represión en contra de los homosexuales en la Cuba revolucionaria, ver Quiroga (2000).
4. Quiroga ha estudiado la obra novelística de Bayly en un artículo todavía inédito.

## BIBLIOGRAFÍA

- Balderston, Daniel. *El deseo, enorme cicatriz luminosa*. Caracas: eXcultura, 1999.
- Balderston, Daniel and José Quiroga. “A Beautiful, Sinister Fairyland: Gay Sunshine Press Does Latin America.” *Social Text* 20.2 (2002): 91-114.
- Bayly, Jaime. *Aquí no hay poesía*. Madrid: Alfaguara, 2001.

- Martin, Robert K. *The Homosexual Tradition in American Poetry*. Austin: University of Texas Press, 1979.
- Proust, Marcel. *À l'ombre des jeunes filles en fleurs*. Paris: Editions de la Nouvelle Revue Française, 1919.
- Quiroga, José. *Tropics of Desire: Interventions from Queer Latino America*. New York: New York University Press, 2000.
- Simón, Nelson. *A la sombra de los muchachos en flor*. La Habana: Ediciones Unión, 2001.
- Yingling, Thomas E. *Hart Crane and the Homosexual Text: New Thresholds, New Anatomies*. Chicago: University of Chicago Press, 1990.